

A la primer parada bajó prestamente con el chiquillo en brazos y el niño miraba hacia su padre.

Este, reteniendo á su mujer por la mano, le dijo:

—Hasta luego.

—¿A qué hora?—preguntó ella, cuando ya el tranvía había echado á andar, mirándolo amorosamente como si presintiera la respuesta:

—Como de costumbre.

—¿A las once?

—A las once—replicó el cobrador, saludando con la cabeza.

La mujercita suspiró y quedó un momento de pie en mitad del Corso, vueltos los ojos hacia el carruaje que le apartaba de su esposo. Era en verdad un hermoso espectáculo el que presentaban aquellos dos hermosos jóvenes que se miraban á través del espacio, siempre creciente, vuelto él hacia ella, y ella mostrándole desde lejos el muchacho. Aquellos pobrecillos les parecía larga una ausencia de cuatro horas, porque era su corazón el que señalaba los minutos, y el niño el lazo de unión entre los dos.

CAPITULO V

Mayo.

Fué aquella una hermosa mañana, y tuve una conversación relacionada con la fecha del mes, en el tranvía de Vanchiglia. Sin duda alguna eran los interlocutores algunos de aquellos mismos que cuando el 1.º de Mayo presentaba un aspecto amenazador, decían:

—Celebren tranquilamente su fiesta los obreros, si quieren que sea respetada.

Cuando ya la fiesta fué pacífica, se burlaban de reuniones privadas y de las giras campestres, atribuyendo aquella tranquilidad á temores vergonzosos. No hay gente más fastidiosa que los miedosos empedernidos, los cuales, cuando ya no tienen nada que temer, acusan á los que se lo han inspirado.

Razonaron un rato para demostrarse mutuamente una cosa de la cual estaban ya convencidos: de que la fiesta era un absurdo, así como también la idea que representa. Les escuchaba, sin embargo, casi con gusto, pensando que andando el tiempo les parecería á las generaciones futuras tan rara su conversación, como ellos creían rara

la idea que ahora se iba abriendo camino. Cosa extraña, en verdad, digna de una fábula de Esopo, la ola del mar que se detiene y teme ser alcanzada por otra, y le dice: ¡Retrocede! Pero el pequeño murmullo de aquellas voces ingratas se perdió bien pronto en la onda de aquella otra, poderosa, que yo sentía en la mente, entre otras innumerables que me asaltaban, en tanto que por las demás líneas de los tranvías de la ciudad y del campo se repetían parecidas conversaciones, y en el aire, y en los montes, y en los mares, vibran los acentos de libertad y de esperanza que formulaban millones de hombres en veinte lenguas distintas, recordando siempre la igualdad no alcanzada, la fraternidad no lograda todavía y el bienestar y el amor que al cabo debían reinar entre las multitudes. Parecíame que la brisa de Mayo que me acariciaba el rostro me atraía un eco vago de aquellas voces infinitas, confundidas en un són dulce y solemne, como un suspiro del mundo despertado por las alas de la primavera. Sin embargo, estaba triste: con aquella fecha volvía á mi imaginación el recuerdo de un edificio ya erigido después de cinco años de fatigas, el cual un día, en un momento de potente clarividencia crítica, había visto de repente como por una onda seísmica hundirse y abrirse desde el techo á los cimientos y arruinarse por completo. Aquella fecha recordaba forzosamente mi pensamiento, aquellas ruinas que no hubiese podido reedificar sino después de muchos años de labor continua y después de tener serena la inteligencia para concebir un nuevo plan; y aquel recuerdo de entusiasmos vanos, de esperanzas desvanecidas, de perdidas vigiliias, y la duda de que una prueba tan horrible pudiese repetirse, me atormentaba como la idea de una condena á trabajos forzados perpetuos.

Me distrajo de mi ensimismamiento una voz alegre que gritó:

—¡El 1.º de Mayo!

Volvime y vi á mi lado, en la plataforma, un rostro conocido, un guapo mozo, rubio, vestido con el traje de las fiestas, con una flor en el ojal tan colorada como su boca de veinte años. Todos los pensamientos tristes que sentía desvaneciéronse ante la vista de aquella juventud radiante de alegría y regocijo. Era un tipógrafo, uno de aquellos creyentes más apasionados y serenos, de naturaleza afectuosa é ingenua, un partidario ardiente, el más férvido y decidido de los correveidiles electorales, devorador infatigable de escaleras y de calles, siempre dispuestos á prestar cualquier servicio, á conciliar, á amansar, no movido nunca por esperanzas de ventajas propias, próximas ni remotas; pero orgulloso de ser uno de los últimos soldados del ejército; por otra parte, muy enorgullecido de su fe, sintiendo la dignidad de su clase, y experimentando un verdadero tormento á la vista de un obrero borracho; celoso como un misionero, el primero siempre en acudir á todas las reuniones, en las cuales su cabeza rubia brillaba entre mil, como una luna de oro, y su estremecimiento y su gesto de asentimiento á los oradores se transmitía á los vecinos como un flúido eléctrico. Aquel día era verdaderamente feliz. La idea del paseo campestre de la tarde le entusiasmaba; había corrido ya no sé cuántas líneas de tranvía para ir á buscar compañeros irresolutos, sabía lo que debía ocurrir en las primeras ciudades extranjeras y descontaba ya el placer de leer las noticias del día siguiente. Decía:

—Los compañeros de Bruselas, de Berlín, de Viena, de París—haciendo resonar aquellos nombres con una sonrisa de complacencia, como si

se tratara de nombres de amantes, é interrumpía sus explicaciones para señalarme las flores rojas que pasaban en los otros coches del tranvía, como me hubiese mostrado los trofeos de una victoria. Por fin, señalándome la que llevaba en el ojal, me dijo que era un regalo inesperado que le había hecho su madre por la mañana, no porque se hubiese «convertido», ¡ah, no!, sino para darle una sorpresa agradable, y que antes de entregársela le había hecho mil recomendaciones amorosas, diciendo que tuviese juicio ¡pobrecita vieja! como si se tratase de un día de batalla. Después saltó de la plataforma, diciéndome que iba á comprar media docena de *numeri unice* para distribuirlos entre sus amigos, hizome un amigable saludo con la mano y desapareció, dejándome en el alma un rayo de su juventud y de su alegría.

*
* *

Pero al día siguiente pagué la fiesta. El tranvía es muy peligroso para aquellos á quienes toca de cuando en cuando «andar en boca» de sus hermanos en Cristo. No sospechaba, ciertamente, que yo estuviese de pie detrás de él, un grueso señor sentado en el último banco de la jardinera del Corso Vinzaglio, á la cual había subido con el escultor Costa para ir á la Exposición Trianal. Tenía en la mano la *Stampa* de la mañana, en la

cual había un extracto de un discurso que pronuncié el día anterior en la Asociación General de Obreros, y hablando con un vecino, me estropeaba de un modo bárbaro con voz lenta y enfadosa. ¡Si se pudiese oír cuanto dice de uno la gente que no le conoce, sería menos el dolor de las ofensas recibidas que la estupefacción que nos sobrecogería al ver la extrañeza y absurdidad de lo que de uno se dice, y que es imposible imaginar! El buen señor explicaba á su vecino el verdadero motivo de lo que llamaba «mi rebeldía», lo sabía de ciencia cierta. Perdido el poco dinero que tenía en el crac del Banco Tiberino, había tratado de alcanzar, para indemnizarme, el puesto de bibliotecario cívico que me había sido rehusado, y entonces, indignado y desesperado, por espíritu de venganza contra el mundo ingrato, había dado el salto nefando. Profetizaba dónde debía acabar: en un lugar donde ya me hubiese encerrado él en seguida, á serle posible. Iluminado por una sola palabra, Costa me dió con el codo diciendo:

—Oye, oye, creo que tratan de ti.

Y añadió sonriendo al oír una injuria mayúscula.

—Guárdate ésta para escabeche.

Sentí ganas de contestar á mi amigo; pero la esperanza de tomar represalias me hizo callar. Esa esperanza no salió fallida. Dando el tranvía la vuelta al Corso Víctor Manuel, el grueso señor, acometido de un impulso imprevisto de cólera, gritó tendiendo el puño hacia el monumento:

—También este otro. Otra te pego. Es preciso ser tan torpes como somos...

Y calló el resto. Entonces toqué con el codo á mi vez á Costa y le dije:

—Esta la puedes guardar también bajo un frenal.

Soltamos una carcajada, y oyéndola, se volvió el orador, que entrando en sospecha, no dijo una palabra más. Pero no era necesario. Como me hizo observar Costa, ya teníamos bastante por diez céntimos. Regla general: debe andarse á pie al día siguiente de pronunciar un elocuente discurso en público.

*
* *

¡Cuánto pasto pueden dar á la fantasía las conversaciones que se oyen en los carruajes públicos! Hice un estudio particular de ellas durante los primeros días de Mayo, y me pareció haber recogido páginas y trozos de páginas de mil novelas truncadas. Pero la verdad es que á través de aquella variedad infinita se advierte una monotonía grande. En los diálogos que en voz baja sostienen las muchachas del pueblo, á cada veinte palabras infaliblemente, como el *país* en los discursos electorales, llega á los oídos la palabra *él*, el eterno *él*, protagonista anónimo de la escena. En las conversaciones políticas podéis estar seguros de oír emitir siempre como juicio propio, el juicio que habéis leído por la mañana en el periódico que el que habla tiene en la mano. En los diálogos que acerca de la lluvia, del calor, del frío, del viento, se sostienen, se oyen siempre las palabras que millones de bocas repiten

por los siglos de los siglos á cada cambio de temperatura, como si fuese una cosa nueva, extraña, inesperada. Una gran parte de las conversaciones de los hombres no son más que bostezos de la inteligencia adormecida. Pero hay días y días. Hallo entre los apuntes de un solo trayecto la historia interminable del cambio de una uña del pie que contó al cochero un trabajador con un lujo espantoso de detalles, mientras un médico que estaba á su lado explicaba á otro pasajero el modo cómo debía hacer abrir la boca á un perro para propinarle cada mañana una cucharada de sal que le curaría un constipado. Luego oí una frase recogida al vuelo de dos oficiales que hablaban de un desafío.

— Cuando uno da una estocada, ¿qué le importa que le arresten?

Oí también una exclamación sofocada:

— ¡La destrozo entre mis manos!

Esto lo dijo un hombre que estaba hablando confidencialmente con un amigo al mismo tiempo en que dos caballeros que tenían facha de cómicos decían pestes del maestro Leoncavallo, llamando á los «Pagliacci» los «Pagliaceri». Al propio tiempo un individuo que estaba cerca de mí hablando no sé con quién, relatava de la Argentina, de donde había llegado hacía poco, las mayores mentiras del mundo: por ejemplo que allí costaba diez liras hacerse afeitar.

Aquel mismo día oí mil historias de enfermedades, de dinero prestado y no devuelto, de riñas con los vecinos, de aventuras galantes, de caídas de ciclistas y mil otras cosas que no tenían ningún interés ni para el que las relatava ni para el que tranquilamente las oía, sin duda porque no tenía cosa de mayor importancia en qué fijarse. No se crea, sin embargo, que resulte un estudio inútil, ya que al observador atento le

enseña á ser cauto. He aquí, por ejemplo, el diálogo que oí sostenido por dos muchachas en el último trayecto del tranvía en la calle Cernaia:

—Uno° entre dos... es vergonzoso.

—¡Qué demonios! nadie lo ha de ver.

—Pero nos verán entrar á las dos juntas.

—¡Qué importa! Dios sabe cuántas hacen lo mismo.

Añadió después de una pausa:

—Produce un gran placer.

—Sí, después se siente una mejor.

—Y hace ya más de un mes... te digo que casi lo necesito.

—¡Diablo!—exclamé entre mí.

Y hubiese formado de aquellas muchachas un concepto horrible, si no las hubiese visto que al bajar entraban en un establecimiento de baños de la calle de San Martín.

*
* * *

Oh, Mayo, hermoso Mayo, mes de flores

Hermoso hasta en el tranvía, que al pasar por la mañana de los días de mercado por las plazas de Manuel Feliberto, Bodoni y Cristina, se transforman en pequeños huertos, en almacenes alimenticios y en despensas ambulantes llenas de color y de olor. Por todos lados suben cocineros

de posadas y fondas, asistentes de oficiales casados, señoras con jaulas de pájaros y macetas de flores en la mano; y es alguna vez tan grande el enredo de cestas, líos y envoltorios, y de canastos ocultos debajo de los bancos, de enormes cardos mantenidos en alto como cirios y de pollos y conejos que se remueven entre las manos de las criadas, que no se puede alargar un brazo ni estirar una pierna sin tocar algo comestible. Forman verdadero contraste los cocineros de las grandes casas que ostentan como con orgullo sus cestas repletas, y burgueses modestos, de uno y otro sexo, que van por sí mismos á la compra, bien por necesidad económica, bien por refinamiento gastronómico, haciendo un sacrificio de amor propio, esperando no ser vistos por sus conocidos y disimulando lo mejor que pueden las cosas que han comprado. Pero es en vano que aquella señora rubia adopte un aire poético ó distraído para hacerme creer que se encuentra allí por casualidad; veo perfectamente el color rosado de los rabanillos que asoman por la mal cerrada tapa de su elegante «cabás». El viejo comandante jubilado, por más que golpee con los dedos distraídamente su cartera de viaje, con lo cual parece que quiere hacer creer que ha llegado por la estación del Lanzo, no me engaña tampoco, porque el cuero denuncia claramente la forma de un mazo de espárragos que comerá con delicia. No vale tampoco que la vieja condesa arruinada por el reciente desastre de los Bancos trate de esconder con la sombrilla desteñida el paquete que aguanta con la mano derecha, porque veo verdad las hojas de una verdura que años atrás no tocaba nunca sino con el tenedor, y que ahora al llegar á su casa, cortará y limpiará con las propias manos, de las que han huído ya todas las sortijas. ¡Ah! pobre condesa, cierra un poco

esa sombrilla, la cual te evita, no como crees, el desprecio, sino el respeto y la simpatía de las personas buenas... Y la jardinera corre esparciendo olores de romero, de pescado, de carne, de cebollas, de albahaca, de flores, un poco de cada una de las cosas destinadas á las mesas espléndidas de los millonarios, á las redondas de los hoteles, á las pobres pensiones de los estudiantes, de empleadillos, de obreros, de enfermos, á lugares y á personas tan diversas, como diversos fueron los modos como se ganó el dinero para pagarlas, desde la fatiga corporal al embrollo financiero; desde el producto de la ciencia, al mercado del amor. Después, uno á uno, salen cestas y envoltorios, y el tranvía, recobrando su prístino aspecto, continúa su carrera rápida, hasta que volverá al mismo punto para tomar otros colores y olores y golosinas culinarias, y pudores aristocráticos y pecados de la gula disfrazados. Tranvía estimulante si los hay para los pocos enfermos inapetentes que puede haber todavía bajo el hermoso sol de Italia.

*
* *

Oh, Mayo, hermoso Mayo, mes de flores

Mostraban sentir su influjo el apuesto capitán de infantería y la supuesta mujer del empleado de correos que encontré una mañana de Abril

en un carruaje cerrado de la línea Vinzaglio. ¿Era posible que su amor no hubiese pasado todavía del período platónico después de un mes y medio de andar en coche? Era posible, pero no creíble. De cualquier modo, era evidente que se hallaban, ambos á dos, en aquel período crítico en el que el amor empieza á encontrar intolerable la tiranía del calendario y del horario, el disimulo, la mentira y las demás cautelas y astucias de la traición; en aquel período en que la pasión inflamada por propia llama, ensoberbecida por la propia fuerza, imagina tener derechos y quiere desgarrar todos los velos, destrozando todos los brazos y batallar contra el mundo y sus leyes. En el rostro de ella no se veía ya ningún signo de timidez; no se hablaban, pero se miraban fijamente y miraban á los demás con ojos firmes, como diciendo:

—No creáis que queramos fingir. Lo que sospecháis es verdad y no lo ocultamos, sino que lo llevamos en triunfo y lo proclamamos cara á cara.

¡Bendito amor, signo eterno de inmensa envidia! ¿Habéis notado que á todos los espectadores produce siempre una expresión de envenenados celos? ¿Que el mundo, que tanto se alegra viendo cómo dos se odian, siente tristeza al ver que dos se aman? Entre los pasajeros que contemplaban la hermosa pareja con ojos hostiles, había un señor serio y barbudo, que á juzgar por su aspecto les hubiese apuñaleado. No podía estar quieto; se retorció el bigote y soplabá; hubiese querido no verlos y no lo conseguía; hubiérase creído que era el marido engañado. Reconocí en él un erótico, pero de un orden particular: de aquellos celosos de todo el sexo femenino, á los cuales todos los amores les parecen una ofensa hecha á

Carrozza di tutti.—Tomo I—11

ellos y para quienes cada mujer enamorada, al verles, debería dejar á su amante, diciéndole:

—¡Perdóname! me he enamorado de ti porque no conocía á ese caballero; pero ahora te planto.

¡Cómo corría aquel carruaje! No parecía que lo arrastraran caballos, sino que lo empujara hacia adelante la fuerza de la pasión de los celos, de los corazones palpitantes y de las imaginaciones en delirio que llevaba dentro. Había dos señoras con las mejillas encendidas, dos ancianos que tenían toda el alma en los ojos, un jovencito que parecía magnetizado; hasta el cobrador tomaba las monedas sin examen para no apartar los ojos de aquella pareja culpable. Yo pensaba con lástima en aquel pobre empleado de correos, que quizá en aquel mismo momento decía en la ventanilla con voz plácida:

—No hay nada para usted.

¡Ah, pobrecillo! ¡Para él sí que no había nada!

*
* *

Oh, Mayo, hermoso Mayo, mes de flores

También sentía su influencia mi buen veterano de la calle de Garibaldi la tarde que le encontré en la jardinera de la línea del Valentino que iba hacia Porta Palazzo. Se veía que estaba contento de sentirse bien, de respirar el aire tem-

plado en que flotaban los perfumes de flores y árboles. A cada cruce volvía la cabeza con vivacidad insólita y lo miraba todo, sonriendo á las personas, á los monumentos, á las casas en construcción, á los tranvías que pasaban, á las calles largas y rectas y á los Alpes lejanos. Debía ser para él una de aquellas buenas jornadas que los viejos recuerdan luego como paréntesis abiertos en su vejez, en los cuales han visto de nuevo y de cerca, y casi sentido, los ardores de una edad mejor. Sonreía hasta el coche en que iba, que era gracioso y alegre de veras; parecía un jardincito de sombreros Artón, Vittoria y Romeo, coronados de rosas y margaritas, un nido de niños vestidos de blanco, pasmados todos, ante el uniforme extraño de un oficial búlgaro de la Escuela Militar. Había también dos bonitas muchachas del pueblo con la cabeza descubierta, y tres soldados de ingenieros, un poco alegrillos, que hacían reír á todo el mundo con los comentarios graciosísimos que les sugería un almuerzo desdichado que acababan de hacer en la fonda. Atravesar Turín en carruaje por diez céntimos en tan buena compañía, con un tiempo tan hermoso, debía ser para aquel solterón uno de los gustos más exquisitos que le quedaban, algo así como un paseo á caballo para un mozo de dieciocho años. Tan grande era la satisfacción que experimentaba, que no pudo menos de manifestarla, cuando al pasar por la calle Siccardi, á lo largo del jardín de la ciudadela, sintió en el rostro una oleada de perfumes de la Exposición de las flores. Volvió hacia mí su rostro lleno de arrugas y sonriendo exclamó:

—¡Qué hermosa tarde!

Luego me expresó su deseo de ver al año siguiente la inauguración de los tranvías eléctricos, y me dijo la admiración que sentía por los

«progresos maravillosos de la época», como un hombre que sintiese dentro de sí tanta vida que pudiera gozar de ella. Aquí se interrumpió para llamar á su «Ciuchetto» con un acento insólitamente sonoro, en la cual nota pareció complacerse como para dar una prueba del vigor de su pecho. Al pasar por la calle Garibaldi, se quitó de nuevo el sombrero, haciendo una profundísima reverencia. Había pasado el carruaje de la princesa Letizia, y comprendí que aquel encuentro era para su corazón de buen viejo piamontés monárquico, el coronamiento feliz de una jornada de oro.

*
* *

Mayo, hermoso Mayo: lo sentían hasta en sus venas los pajarillos que revoloteaban por el aire. Subí en Porta Palazzo en el tranvía parado aún en la línea del arrabal de San Salvador. Estaba solo. Una mujer me puso al lado, en el banco, un hermoso muchacho, moreno, de unos siete años de edad, diciéndome:

—Mil perdones, caballero: ¿va usted hasta el final de la línea?... en ese caso, ¿quisiera usted tener la bondad de mirar por este niño que debe bajar en la calle Berthollet, número dieciséis?

Y dándome las gracias, repitió la recomendación al cobrador, que apenas la escuchaba. El tranvía partió. La mujer hizo una caricia á mi

recomendado para tranquilizarle; pero comprendí en seguida que no había necesidad de ello, puesto que casi en el mismo momento puso la mano sobre mi bastón y empezó á hablarme de tú, sin preámbulos, y me tiró de la corbata hasta deshacerme el nudo.

Aquella línea que desde el paseo Reina Margarita sigue durante buen trecho por la calle hermosa y clara, abierta hace poco, es muy bonita. Luego vuelve á entrar en el Turín antiguo, entre las cúpulas severas y la plaza oscura del Chialese y del Seminario; después recibe un soplo de vida juvenil en la calle Cuatro de Marzo, y prolongándose por la vía rumorosa del Veinte de Septiembre, pasa por la novísima de Pietro Micca, por entre una serie de edificios y palacios nuevos, á los que luego siguen otros en ruina; esquinas tapizadas por prospectos nuevos, ante los cuales pasa por la mente la visión confusa de ciudades extranjeras y recuerdos de edificios desaparecidos, de amigos muertos é imágenes, de ventanas y de terrazas otras veces vistas, que parece que están disueltas en el aire. ¡Hermoso espectáculo, pero un poco triste, porque nada de lo que se ve ha sido hecho para uno mismo, y se siente más la vejez que avanza, pareciendo que la ciudad, en cambio, se rejuvenece.

—Todo esto se ha hecho para tí y para otros muchachos de tu generación—pensaba yo mirando á mi desconocido pequeño protegido.

Un verdadero diablillo era éste, que no me dejaba un momento de reposo. Tan pronto se ponía en pie sobre las rodillas, como agitaba mi bastón en el aire ó ponía los pies sobre la espalda de los pasajeros sentados delante, los cuales se volvían hacia mí como para decirme si esa, y no otra era la educación que había sabido yo dar á mi hijo. Yo estaba violento, pero no me

atrevía á cometer la vileza de decir que no era hijo mío aquel muchacho. Esto no era más que el principio de mis tribulaciones. El maldito, en el último trecho de la calle del Veinte de Septiembre, durante una nueva parada, empezó á leer en voz alta un anuncio del «Cacao Talmone», fijado sobre otro tranvía, también parado, insistiendo con malicia pérfida en las dos primeras sílabas de una manera tan gráfica que me atrajo las miradas severas de mis vecinos.

—¿No te dá vergüenza?—le dije en voz baja.
—Te debiera dar.

Luego, en el paseo de Víctor Manuel, habiendo subido á mi lado un caballero viejo que llevaba unos pantalones muy anchos, creyó oportuno dar la noticia al público, diciéndome al oído, pero con voz que oyó todo el mundo:

—Este caballero lleva sayas.

¡Ah, maldita criatura! Tenía el prurito de no dejar quietas las manos ni un momento, lo cual me obligaba á estar con cuidado, pues si no, las ponía sobre los pasajeros. Echábale severas miradas, pero el muchacho comprendía que yo no tenía ningún poder sobre él, y se reía descaradamente. En la calle de Niza, viendo subir á una mujer embarazada, exclamó con entonación muy prolongada y con gran estupor:

—¡Oh, qué barriga tan grande!...

Esta vez vi correr á lo largo de los bancos un estremecimiento de indignación contra mí, y la mujer á quien dirigía el apóstrofe el muchacho, dijo encarándose conmigo:

—¡Buena educación!

Fué para mí una verdadera alegría cuando pude gritar «¡alto!» frente al número dieciséis de la calle Berthollet y entregar el mamarrachito al cobrador, diciendo yo para mí:

—Anda, diablillo, anda y divierte, de la misma

manera que á mí, á los tontos que acepten la tutela de un pasajero como tú de aquí en adelante.

*
* *

En la misma línea, recorriéndola en dirección contraria, vi dos días después á doña *Quijotina* con su inseparable niño. Iba sentada delante de mí en una jardinera, y habiéndome yo vuelto un poco hacia ella con el aire de aquel que aparenta leer los anuncios de las tiendas, pude oír parte de una explicación que daba á otra señora, la cual la escuchaba sonriendo, más atraída sin duda por la originalidad del asunto, que hacía dar rienda suelta á su elocuencia. Tenía el sombrero un poco descompuesto y torcido como de costumbre, y manchado de tinta un dedo de la mano, la que agitaba al hablar, como si fuera una muchacha traviesa, y charlaba con su voz de contralto moviendo mucho los ojos y ensanchando el cuello:

—Desgracia sobre desgracia—estaba diciendo.—La muchacha, que era hija única, y estaba ya enfermita, empeoró, y desde entonces no ha mejorado ya más. La envié al doctor Rizzetti. Cada noche soñaba con aquella horrible desgracia y se despertaba asustada gritando. Y luego el miedo de que enviasen á su padre á la cárcel y que perdiese su empleo; una tremenda desgracia...

imagine usted: una muchacha sin madre, pobre, todo el día sola en casa... fuí á recomendarlo á la dirección, pero ya no era tiempo. Desde el principio se había dado á la bebida para aturdirse sin duda. Se ha convertido en un hombre torvo que apenas habla nunca y que parece obsesionado por una idea fija... Da compasión oírle cuando dice que cada vez que intenta pasar por allí, parece que vuelve á ver la escena y que ve al chiquillo que atraviesa la calle...

Se paró un momento, y entonces creí comprender que se refería á una persona y á un hecho que yo había visto. Las palabras que añadió corroboraron mi idea.

—No; no tuvo él la culpa. Me parecía oírle repetir diez veces con acento que ahogaba su voz:

«Juro por el alma de mi pobre madre que no le he visto pasar.»

¡Ah! Quien dice esas palabras de la manera que él lo decía, dice la verdad. Si viese usted aquella pobre casa! La muchacha está en la cama, y sentado frente á un plato de gachas, que no puede comer, está el padre, y entre los dos parece que de continuo se ve la figura de aquel pobre muchacho lleno de sangre, y aquel grito, ¡aquel grito de siempre! Es en vano que yo procure distraerle de su manía y que le diga que no se embriague. Me contesta que es la única manera de disipar la horrible visión que tiene siempre ante los ojos. Yo le digo muchas veces:

—Le prohibo que beba usted más; se lo prohibo en nombre de su pobre mujer muerta, y de su hija, que siente hacia mí el amor que se siente por una madre.

¡Pobre hombre! Cuando le digo estas palabras, se pone á llorar y me besa la mano.

En tanto que hablaba de esta manera, con el rostro animado y la voz vibrante daba á com-

prender á su amiga que había en el corazón un tesoro de amor ardiente, una fuerza grande contra el dolor, el valor contra la muerte, un desprecio profundo de las falsas conveniencias sociales, una sencillez virginal de ánimo y una fibra viril, y sobre su pequeño rostro moreno y regular aparecía una belleza fugaz, pero de una fuerza de seducción indefinible, altiva, y al mismo tiempo dulcísima, mil veces más seductora que la belleza grave de su rostro verdaderamente hermoso.

—He aquí donde sucedió la desgracia—dijo.— Cuando el tranvía, después de atravesar la calle de Santa Teresa, se internó en la calle de Veinte de Septiembre.

Y diciendo aquellas palabras, estrechó sobre su pecho á su hijo cubriéndole la cabeza con la mano como para defenderle de algún peligro. Un momento después exclamó vivamente tocando á su amiga con el codo.

—¡Allí fué!

En dirección contraria á la nuestra venía una jardinera, en cuya plataforma reconocí á primera vista al cochero de los cabellos grises que iba conduciendo, la mañana en que ocurrió la desgracia, entre dos guardias y una multitud de curiosos. Pasó con el rostro contraído, los ojos bajos y sin fijarse siquiera en la señora. Volviéndose ésta rápidamente hacia su amiga, dijo:

—Esté usted atenta. Veremos si al pasar por aquel sitio hace la señal de la cruz. Dice que lo hace siempre desde aquel día.

Ambas á dos se volvieron; hice yo lo mismo, y aunque el tranvía estaba á una distancia de cincuenta pasos, vimos que el cochero se persignó.

—¿Ha visto usted?—preguntó la señora á su amiga.—¿Ha visto usted?

Y dijo estas palabras con tal acento, que no me extrañó ver que al mismo tiempo se llevaba las

manos á los ojos como para ocultar las lágrimas. Comprendí que aquellas lágrimas eran lágrimas de alegría: si aquel hombre hubiese continuado emborrachándose, no hubiese hecho la señal de la cruz. Bebía menos; estaba, pues, salvado. Yo pensé por el contrario:

—Quizá se persigne porque ha bebido.

Pero en seguida me reproché aquel pensamiento.

¿Por qué no pensar en el bien? Creed, creed, porque el creer purifica los corazones.

Y al ver aquella sonrisa plácida, casi de complacencia materna, que brillaba en los negros ojos húmedos de la señora, repercutió en mi mente la dulce exclamación del Fogazzaro:

«Sí; es muy hermosa el alma humana».

*
* *

El «hermoso Mayo» hizo que viera también al joven pintor en el último trayecto de la línea del arrabal de San Segundo, en las horas aquellas de la mañana en que el carruaje lleva una carga especial de pasajeros: monjes, médicos, empleados del Magisterio, de la Orden Mauriciana; parientes y amigos de los enfermos del hospital, con paquetes, lios de ropa, frutas y libros en la mano; algunos con el rostro sereno; los más, tristes y pensativos. En el momento en que el tranvía salía de la calle para entrar en pleno campo, enfrente del Monviso, casi desvanecido sobre el

hermoso azul del cielo, subió el joven, tan alegre y fresco, que parecía el mismo mes de Mayo en persona, y teniendo todavía el pie en el estribo, me dijo alegremente que tenía una curiosa historia que contarme. No de la señora de la *correspondencia*, la cual era todavía para él un misterio, sino un caso curiosísimo que podía ponerse bajo el epígrafe: «Celos conyugales en tranvía», observado por él mismo. Se trataba de una señora entrada en años, la cual una vez que subió á una jardinera en el paseo de Cairolí, por la parte trasera del carruaje, sin ser vista por los pasajeros que estaban en la delantera, descubrió en el primer banco la silueta de su marido, sentado en aquel momento al lado de una amiga suya, joven, con la cual sostenía animada y viva conversación, acompañada de movimientos de cabeza, y de aquella actitud de adoración ferviente, de aquella continuidad é intensidad de miradas sonrientes, que no dejan lugar á dudas acerca de la naturaleza de las relaciones entre un hombre y una mujer. Para convencerse mejor de su desgracia, la señora se había puesto de pie sobre la plataforma, y desde aquel observatorio estuvo durante un buen rato contemplando, con ojos chispeantes y rostro lívido, el perfil de su conyuge, que bebía amorosamente las palabras de la joven, así como el rostro de ésta; no perdiendo ni una mirada de sus ojos, ni una palabra de sus labios. La verdad es que parecían un par de palomos que se picoteaban. En la primera parada que hizo el tranvía, junto al puente de hierro, la señora había bajado como un rayo de la plataforma y subídose como un espectro en la de delante, enfrente mismo del marido y de su amada. El marido quedó estupefacto. ¡Qué mutación de escena! Fué una verdadera transformación digna de Frégoli. Lo mismo le pasó á la cara de

su amante: parecían los rostros de los difuntos. Y el colmo de lo cómico fué cuando se separaron ella y él, por instinto, y tan rápidamente, que parecía un cuerpo que se hubiese dividido en dos. La mujer se sentó de repente entre ellos, haciendo un saludo á ambos para cubrir las apariencias, pero con ojos que parecían dos tizones del infierno... El tranvía no es nido de amores que deba recomendarse á maridos infieles.

Le pregunté á qué altura se hallaba mi amigo de sus pesquisas matrimoniales en la red tranviaria. Con gran estupor por mi parte, le vi sonreír y encogerse de hombros, como si le hubiera recordado una tontería de la que se avergonzase y que yo no debía haber tomado en serio. Quedó un momento pensativo; pero un instante después, cambiando por completo de aspecto, me preguntó:

—¿Qué piensa usted de las estudiantas?

No comprendí la pregunta.

—¿De cuáles?—interrogué á mi vez.

Pero en seguida advertí que me había preguntado aquello, no para conocer mi parecer, sino para darme el suyo, y me lo dió con acento del que desea no ser contradicho, con un calor y abundancia de palabras insólito en él. Me aseguró que, por su parte, le parecía un prejuicio ridículo el sostener la inconveniencia de enviar á las jóvenes á los institutos y universidades; que era estúpido el hablar de peligros é influjos inmorales, pues que, á su parecer, era mucho menos peligroso que desde luego pudieran los dos seres frecuentarse y acostumbrarse al trato y compañía, que no tenerlos separados como se hace hasta aquí; que las jóvenes verdaderamente honestas y serias se hacen respetar, y además, ejercen un influjo bueno sobre los jóvenes, y que me podría citar de ello ejemplos; que la virtud verdadera y sólida no es la que se funda en la

ignorancia de la brutalidad humana, sino aquella que viene del horror que se siente conociéndola, y que, de todos modos, el velo de la ignorancia se rasga ante los ojos de las jóvenes en las conversaciones que oyen durante todo el día por todas partes, en la novela, en el teatro, en los bailes, en el periódico, antes de lo que debiera suceder... y que de todos modos... y que por esto...

Pero viendo que yo le miraba maravillado, movió la cabeza y habló de otra cosa, preguntándome por doña *Quijotina*. Le dije que la había visto, y entonces él me contó otra cosa de ella, que había sabido, por un amigo suyo, un mes antes. Un día, en el tranvía, habiendo visto que un chico del pueblo miraba un dibujo pornográfico de una caja de cerillas, la señora le compró la caja por veinte céntimos y la tiró á la calle, y que algunos pasajeros que estaban á su alrededor observaron el caso y se echaron á reír; ella, indignada, les contestó con un epíteto, no muy propio de una señora recatada, pero sí de una mujer sincera...

Mientras decía esto, el tranvía entraba en el camino de Stupinigi, abriendo calle á lo largo de la fila de señoras y caballeros que iban en bicicleta. El pintor, de pie sobre el estribo y á punto de bajar, me miraba y sonreía; pero á través de su sonrisa adivinaba yo la turbación en su rostro tan franco, turbación que no me parecía momentánea, sino un tanto persistente, lo cual me dió á sospechar que había ya encontrado, en una de las redes tranviarias, aquello mismo de que se esforzaba en hacerme creer que había desistido, ó que no había pensado sino por un momento.

*
* *

También en el mes de Mayo hizo que volviera á ver al pequeño matrimonio del arrabal de San Donato que una tarde encontré en el tranvía de la carrera de Casale, sentado en el primer banco. Ella iba con un sombrero adornado de flores de color de rosa, que parecía que estaba flamante, y una sombrilla lila; él, con un sombrero de paja colorada, adornado con una cinta azul, que se veía que acababa de salir de la tienda. Aquella indumentaria extraordinaria me hizo pensar que les hubiese tocado en suerte alguna pequeña fortuna, una herencia de algunos cientos de libras, ó alguna gratificación inesperada del marido, y que fueran á celebrarlo con una modesta comida en algún restaurant de extramuros. Que indudablemente se encontraban en un estado de ánimo insólito, lo demostraba que él, hombre tan tímido y reservado, tenía el brazo alrededor de los hombros de su mujer, la cual inclinaba un poco la cabeza sobre su marido. Y al mirar aquel acto que parecía decir: «Ved esta pobrecita, que á nadie gusta y que ninguno mira: es mi amor, mi tesoro, mi vida»; me conmovió, pensando que aquel hombre imaginaba que nadie debía ver ni fijarse en una demostración de afecto entre dos criaturas tan desdichadas, y que á nadie parecería una demostración de amor.

Pero de aquella consideración me apartó un accidente extraño que no había visto nunca en el tranvía. Disputaban desde hacía poco rato en voz baja, pero áspera, dos cónyuges de unos cuarenta años, vestidos decentemente y sentados en una de las banquetas del medio. De repente, el marido pasó un brazo detrás del respaldo y dió un puñetazo en la espalda de su mujer, sonando como un golpe de tambor. Todos los pasajeros se volvieron hacia el sitio en que se había oído el ruido, y al darse cuenta de lo ocurrido, se levantó entre ellos un murmullo de indignación; pero como la mujer no dijo nada y el marido se estaba lisando tranquilamente la barba y quieto como si no hubiese pasado nada, á aquel murmullo de indignación sucedió una estupefacción cómica de aquella riña imprevista que había truncado tan de repente la disputa con el golpe, como si fuese una señal convenida entre ellos para ponerse de acuerdo en un momento crítico. Y no hubo más que ver. Al ocurrir aquella escena, se habían vuelto todos los pasajeros menos los dos esposos, los cuales no cambiaron de actitud hasta que llegaron á la carrera de Caralt. Antes que el tranvía parase, la esposa se levantó, y viéndola así de perfil advertí en seguida sobre su persona aquella curva ligera, que es el primer indicio de una nueva existencia humana. Entonces comprendí el por qué de aquella alegría insólita y por qué iban á comer á extramuros, y por qué apoyaba él el brazo sobre el respaldo de la banqueta en señal de protección amorosa. Las flores de color de rosa, la sombrilla aquélla, el sombrero nuevo y el acto acariciador eran por él, y para él iban á merendar al campo, para él se habían puesto los trapos de gala, y para él eran el lujo y la fiesta. Y si no me lo hubiese dicho la curva que advertí, me lo hubiera hecho

adivinar el acto de bajar el marido y tender las manos para ayudarla á bajar el tranvía, como si bajaran dos. Me volví un momento y los vi, apoyados uno contra otro, alejarse entre el polvo del camino. ¡Pobrecillos! ¡No parecía sino que hubiesen hallado la lámpara milagrosa de Aladino y transformado su hostería en un palacio, haciendo caer sobre su pobre mansión una lluvia de flores y diamantes!

*
* *

Pero el «hermoso Mayo» no se mostraba claramente para la pobre viejecita de Pozzo de Strada. Me bastó una sola mirada cuando la vi aquella mañana, en el tranvía de la calle Garibaldi, con su saco al lado, los ojos fijos en el vacío, para comprender que no había tenido noticias todavía de su «Giacolin», y que se torturaba la mente y el corazón, figurándosele á veces muerto, á veces prisionero, mutilado, famélico, errante como un arista de monte en monte, de desierto en desierto por la tierra misteriosa de la cual no sabía otra cosa que el nombre maldito. Eran aquellos días en que se hacían cuestaciones públicas en favor de los prisioneros y heridos de Africa.

Dos jóvenes, llevando un letrero en el sombrero, subían en los tranvías á recoger dinero. En mitad de la calle Garibaldi subió al nuestro un joven bien vestido, al parecer estudiante, y pasó

de banqueta en banqueta con la bandeja en la mano. He aquí una de tantas ventajas como ofrece la *Carrozza di tutti*: ¿quién se atreverá á negar cinco céntimos á la caridad sin caer en el ridículo ante los ojos de los pasajeros? Muy pocos vi, sin embargo. Entre estos había algunos caballeros. Seguí con la vista la colecta hasta que llegó junto á mí el joven. Cuando puso la bandeja ante la viejecita, ésta no comprendió, y me miró con el asombro que podía manifestar su rostro casi petrificado por la impresión de un pensamiento único.

—Para los prisioneros y heridos de Africa—dijo el joven, marcando bien las palabras.

Aquellas frases parecieron iluminar como la luz de un vago crepúsculo el rostro de la viejecita, y sus ojos casi cerrados se abrieron. Vi en aquella mirada su pensamiento: dar alguna cosa era creer en la supervivencia de su hijo, era casi tanto como comprarse la ilusión de una esperanza. Buscó un rato en el bolsillo, sacó una moneda de cinco céntimos y no llegó á depositarla: le parecía poco; sacó una moneda de níquel, su pan de un día quizá, y con la acción de una devota que hace su oferta á un santo del cual espera una gracia, miró al joven con expresión triste de simpatía y casi de gratitud, como si él mismo debiera llevar á su hijo su óbolo, puso la moneda en la bandeja con mano temblorosa, luego volvió el rostro á su actitud primitiva, con la mirada fija é intensa, como si viese aquel cuadro de sangre y horror que desde hacía seis meses la torturaba el alma. Un pasajero que estaba á su lado rehusó bruscamente la petición, diciendo en voz fuerte al postulante:

—No; porque estoy cierto que á los prisioneros no llegará un céntimo.

¡Ah, bárbaro; si aquella sospecha horrible hubiese sido una verdad! Pero, por fortuna, pasaba el tranvía en aquel momento por delante de la iglesia de San Dámaso, y la pobre viejecita, volviéndose para hacer el signo de la cruz, no oyó aquellas palabras.

*
*
*

¡Cuántos misterios aun en el mes de Mayo, del «hermoso Mayo», lleva la *Carrozza di tutti*! ¡No se puede imaginar cosa más triste que aquella tarde en que un pobre cobrador se inclinó cortésmente para recoger el billete que me había caído de la mano en el último tranvía de la línea de San Segundo, donde iba yo solo en el coche! Al darle las gracias, le miré, y viéndole pálido y con aire de padecimiento, le pregunté si estaba enfermo. Contestó que no; pero parecióme que sólo esperaba una palabra benévola que le inspirase confianza para decir más y para darle fuerzas para desahogar la pena que le afligía. Se la dije: de momento no hizo efecto; insistí y entonces habló; habló con voz temblorosa, en la cual se adivinaba una profunda sinceridad. Meses atrás, en un tranvía de aquella misma línea, tres desconocidos embriagados, irritados por una modesta observación que les hizo acerca de un

billete, le habían dado en la cabeza un garrotazo horrible que le había hecho estar un mes en el hospital. Los tres borrachos habían sido reconocidos, y la dirección de la Sociedad había entablado contra ellos causa criminal, creyendo que sería para él una ventaja, pues podría pedir daños y perjuicios. La causa estaba en tramitación; eso era lo que le angustiaba. Hubiese querido desistir del procedimiento, porque temía una venganza, y su temor, excitado poco á poco por el trabajo continuo de la imaginación, se había convertido en un terror profundo.

—Comprenda usted—me dijo,—que estamos expuestos día y noche. Y dar un golpe... es cosa de un momento. ¿Y si me lo dan? ¿Y si me quedo inútil para el servicio? Tengo mujer y una hija; ¡una mujer tan buena! ¡una hija que me quiere tanto!...

Su voz se ahogaba en la garganta; me causó piedad y procuré animarle; pero fué inútil. Reconoció que eran atinadas mis observaciones, pero me contestó:

—Estoy asustado; no lo puedo remediar; no soy dueño de mí mismo; ¿qué quiere usted? tengo miedo. De día menos mal; pero cuando llega la noche, empiezo á sentir un terror tan grande y tiemblo de tal manera, que la sangre se me salta de las venas... ¡He pasado tantas noches sin dormir; he sufrido tantos dolores de cabeza, y después, cuando he entrado en la convalecencia, como que estaba á media paga, he comido tan poco. que estoy débil y... créame usted, no soy el que era. Además, aseguro á usted que no les había ofendido en lo más mínimo; sólo les hice una pequeña observación... Yo soy respetuoso con todos... Usted mismo lo habrá podido advertir... Los pasajeros que me conocen, me quieren bien... ¡Pero indudablemente mi desgracia estaba escrita!

Y repetía como un ritornello doloroso que le martirizaba el cerebro:

—¡De día menos mal; pero cuando llega la noche, cuando veo encender los faroles!...

Decía estas palabras mirando á un lado y otro como si temiera ver gente apostada, y volvía á repetir:

—Estoy muy débil... He perdido mucha sangre...

Y todavía me dió más compasión momentos después cuando le vi pedir los céntimos del billete á algunos pasajeros con una cortesía tan humilde y casi asustado, como si en cada uno de ellos viese un enemigo que amansar, ó un defensor que convenía tener asegurado.

Y pensaba yo que quizá porque tardase un momento en hacer parar el tranvía, ó por alguna observación respetuosa sobre una moneda, ó por una simple sospecha cualquiera, aquella misma tarde le habrían tratado de mal empleado y amenazado tal vez con una denuncia á la dirección. ¡Ah! cuántas iniquidades y crueldades; cuántas pequeñas injusticias se cometen continuamente sin saberlo.

*
* *

¡Cuánta injusticia se comete también con el pensamiento! Encuentro una nota del último día de Mayo, que dice: *el borracho*; y recuerdo un cuadro del que se podría sacar una buena escena

para una comedia satírica. En un carruaje cerrado de la línea Viali había, entre una porción de señoras y caballeros elegantemente vestidos, doblado en dos, como un saco mal relleno, un hombre completísimamente embriagado, al cual le salían los cabellos grises por debajo del sombrero, esparcidos sobre la frente manchada de carbón, y de la boca pendía un trozo de pipa que llovía ceniza sobre su americana, pringosa y destrozada. Miraba á su vecino con una sonrisa estúpida, frotándose las rodillas con las manos negras y moviendo la cabeza de una parte á otra como si meditase algunas palabras de excusa que no podía pronunciar, y en sus ojos, que tan pronto se abrían como se cerraban, se advertía claramente que tenía conciencia de su triste estado de embrutecimiento, y algo así como despecho por hallarse entre una compañía tan escogida. Desprecio también, náuseas y repugnancia instintiva expresaban los rostros de los pasajeros que se veían obligados á respirar el aliento de aquel borracho y las emanaciones de sudor que se escapaban de su cuerpo. Entre aquellos pasajeros vi á un señor que me era desconocido, pero que sin duda él me conocía á mí, quien, mirándome, después de haber mirado á aquel hombre, parecía decirme claramente con los ojos y con la expresión sincera de su semblante:

—¿Estos son los que usted quiere redimir?

—Pues bien, sí; hubiese querido responderle: estos son, estos primero que los otros, ciertamente. Se engañó si creía que el embrutecimiento de un hombre así sea una vergüenza para él y para sus compañeros. Si ninguno de los de nuestra clase se emborracha, si ninguno de nosotros llega á ese estado de embrutecimiento tan feroz como el en que está ese hombre, es sin duda alguna, no por virtud propia, sino por lo que puedan

decir los demás, por el qué dirá la opinión pública, y porque teme el desprecio que sentirían los otros hacia él si un día le vieran en ese estado. ¿Y qué es lo que hacemos nosotros, los inteligentes y fuertes para evitar que estos infelices abandonen esta vida? ¿Qué espectáculo ponemos ante sus ojos para que abandonen por un noble impulso la taberna, que les atrae y envilece? ¿Estamos seguros de darles un buen ejemplo?

Mi soliloquio fué interrumpido en Porta Palazzo por un grupo de caballeros que subieron en las dos plataformas, y que una vez puesto en marcha el tranvía continuaron hablando y charlando, apostrofándose desde una á otra parte, llamándose con gestos cómicos y palabras burlescas. Venían de la estación de Lanzo y habían ido sin duda de comilona á cualquier hostería de las cercanías, porque en sus bromas hacían referencia á los platos que les habían servido, y que parecían hechos por los diablos. Tenían el rostro encendido, la voz llena y vibrante, la palabra atrevida y pronta, como la de quien ha bebido mucho vino generoso, y todos estaban en ese punto que separa la embriaguez decente de la borrachera vulgar, en aquel estado en que los primeros tropiezos de la inteligencia y de las palabras se disimulan todavía, gracias á la costumbre; y por algunas expresiones que se oían entre aquel guirigay, se adivinaba fácilmente que no había acabado todavía la fiesta, y que tenían en perspectiva, en el horizonte, otra serie de libaciones, aquel más allá aconsejado por Brillat Savarin, que hace más vivo el placer de los banquetes. Se veía tan claramente que estaban poseídos de una extraordinaria alegría y buen humor, que los caballeros y las señoras que iban en el tranvía los miraban con manifiesta simpatía, y reían al

menor de sus gestos y palabras, algunas de las cuales provocaba un movimiento instintivo de pudor en las señoras, pero acompañado de una sonrisa de benévola indulgencia.

—Estos también—pensaba yo,—acaban de beber con exceso, y creo, sin embargo, que podían haberse divertido de un modo más digno. Si no están tan borrachos como el otro, no es porque hayan bebido menos, sino porque han bebido mejor. Si son más finos que él, es porque su trabajo es también más delicado. Si no se duermen tan fácilmente como ese, es porque están menos fatigados, y han dormido mejor la noche pasada. En realidad, si se tiene en cuenta la condición diversa de unos y otro, representa una intemperancia mayor y mucho más culpable la de esos caballeros que la de ese borracho, y de un ejemplo mucho más peligroso. ¿Por qué, pues, á esos se les excusa y se les pone rostro amable, y no hay ninguna excusa para el otro, para el pobre embriagado, que quizá ha tomado la borrachera para olvidar penas y trabajos horribles, y cuando menos debía inspirar un sentimiento de conmiseración?

De pronto el hombre del pueblo llamó la atención de uno de los del grupo, el cual á su vez llamó la atención de sus amigos, y todos se pusieron á mirarle, advirtiendo entonces que estaba dormido, y empezó una serie de frases á cual más ingeniosas y que provocaban la risa de los demás pasajeros. ¡Dios mío! parecía aquello el espectáculo de dos botellas de vino de á peseta que se burlasen de una botella de á veinticinco céntimos. Dentro del carruaje todos reían.

No todos; una señorita rubia muy joven, sentada en una esquina, estaba seria y miraba á aquel pobre borracho con expresión de tristeza y piedad, frunciendo el entrecejo al ver cómo se bur-

laban los demás viajeros de aquel pobre hombre. ¡Cuán bella me pareció!

Parini, estoy seguro que hubiese modificado, viéndola, su famoso verso, y habría dicho:

Tú eres justa y humana.

*
* *

Aquel rostro hermoso inspiróme una nota que apunté entre mis recuerdos de *Mayo* en la columna que decía «Simpatías de tranvía», que en aquel mes fueron muchas, quizá por el influjo de la atmósfera templada que aclara y endulza el alma. «¡Simpatías de tranvía!» ¿es que acaso son de naturaleza distinta de las otras? No ciertamente; pero son de aquellas que inspira la gente encontrada al azar en los trayectos, y que con mayor deseo y de un modo más profundo penetran en el corazón, pues que al momento hacen ese trabajo de las simpatías que se adquieren en otras partes, y lo hacen en mucho menor espacio de tiempo. Recuerdo yo entre esos rostros simpáticos algunos vistos de frente, otros de perfil, otros á través de los cristales, iluminados unos por el reflejo de los faroles, encuadrados varios en los vanos de las puertas, apoyados en los montantes de las jardineras, destacándose sobre el fondo verde de los árboles, dibujándose sobre las aguas lucientes del Po, observados durante pocos

minutos, y sin embargo recordados siempre. Rostros de muchachas, de obreros, de señoras, de jóvenes, de viejos, de madres que expresaban una santa resignación de dolor, almas benévolas y serenas, espíritus fuertes y generosos prontos al bien ajeno, corazones ardientes de ambiciones nobles y de nobles esperanzas, que viven obscuramente trabajados y trabajadores en beneficio de todos, rostros cuya primera impresión de simpatía fué creciendo siempre á medida que los iba viendo, ya por una sonrisa, ya por una palabra, ya por una expresión fugaz de sus ojos. Así como en una cascada de agua gris se ven brillar de cuando en cuando puntos luminosos como diamantes, así entre la multitud indiferente que pasa ante vosotros en aquel carruaje cotidiano, se ven, durante algunos momentos, varios de esos aspectos de la naturaleza humana que consuelan á quien los observa, en los cuales se piensa de nuevo con amor al volverlos á ver, y con placer al encontrarlos otra vez; que no se conocieron nunca y que se recuerdan siempre, á semejanza de amigos que viven únicamente en la fantasía, que nos saludan sin mover la boca siquiera, y á quien nosotros devolvemos el saludo con la imaginación, imágenes sin nombre, rayos sin luz de almas que pasan, personificación de una dulce filosofía, que viven eternamente en el corazón por la fe, por el bien y por el amor que sienten hacia sus semejantes. ¡Ah! cuántos recuerdos en forma de medallas, de bustos ó estatuas, según la actitud en que se me aparecieron con el billete entre los labios, con el portamonedas entre las manos, con los brazos tendidos hacia las campanillas del carruaje, vistas una sola vez, vueltas á ver ciento, entrevistas únicamente en el cruce rapidísimo de dos tranvías huyendo á lo largo de la línea, pero todos reapareciendo de continuo en mi memoria

como la imagen de una humanidad privilegiada, como un Turín ideal. Y en los momentos que me sentía cansado de la vida, cuando sentía odio al mundo, esas caras fantasmas me rodeaban, diciéndome:

—¿Y nosotros? ¿Y nosotros entonces? ¿Para qué ocultarlo? ¡Eres injusto!

*
* *

Y gracias á ellas, me reconciliaba con la vida, con mi destino, sentía que los días grises y frescos del invierno me llevaban todavía hábitos de la primavera, y sentía también que el influjo del «hermoso Mayo, mes de las flores», me endulzaba la sangre y esclarecía mi alma.

Mayo se cerró para mí con un caso digno de un soneto de Belli. Imaginad una jardinera en día de fiesta, corriendo por entre la luz del sol en el paseo de la Reina Margarita, atestada de señoras y caballeros, entre los que lucían los sombreros de copa, las barbas blancas, negreaban los sombreros de los sacerdotes y centelleaba el kepi dorado de un coronel de artillería: un coche lleno de burgueses silenciosos y serios semejando que iban á una ceremonia solemne á la que parecía dar guardia de honor un municipal de gran uniforme, de pie, al lado del cochero. Otra jardinera, en la línea de al lado, venía en dirección contraria, llena también de gente acomodada, con

otro guardia municipal en la plataforma delante y siete filas de rostros que respiraban bienestar, madres severas de señoritas que guardaban perfecta compostura. Pues bien: sucedió lo siguiente:

En el momento que las dos jardineras pasaron una junto á otra, un jovencito que iba en la que yo estaba y una mujer sentada en la otra (dos amantes, como se comprenderá, que se encontraban por acaso después de una larga separación forzada), se reconocieron á la primera mirada, y levantándose como dos monigotes de resorte, con los brazos tendidos hacia el cochero, lanzaron ambos un grito de alegría:

—Alto, pára.

Los dos carruajes se pararon á unos diez pasos de distancia uno de otro, lanzándose precipitadamente de ellos el joven y la mujer; se abrazaron fuertemente, cambiando cuatro besos sonoros como tiros de carabina de aire comprimido. Y en lo alto de las dos jardineras paradas en firme un momento, los cocheros, estupefactos, y los burgueses graves, las mamás severas, las señoritas timoratas, y los sacerdotes, y los oficiales del ejército, y los representantes del municipio... alargaron la cabeza para ver aquella original escena.

Apenas los dos tranvías reemprendieron la marcha, cuando un señor gordo y majestuoso, que estaba junto á mí, expresó en breves palabras el pensamiento común, inclinando gravemente la cabeza:

—¡Buena la hemos hecho! ¡Hemos tenido una vela!

—Sí; indudablemente eran efectos del hermoso mes de Mayo.